

El síntoma como solución o diversas modalidades de lo Real

Hugo Monteverde, *Psicoanalista*

El síntoma como solución es lo más depurado de él mismo y es además el final de un recorrido, pues no hay solución por fuera de lo sintomático.

En ese recorrido por la cadena sintomática el síntoma no comienza como una solución sino más bien como un problema y el problema está al inicio pues es aquello que lo engendra. Lo que da lugar a la formación de la cadena de síntomas es lo precluso y el despliegue de ese recorrido deviene, en el mejor de los casos, como solución parcial a esa exterioridad al significante que lo engendra.

Cabe preguntarse también si en lo precluso todo lo que encontramos esta en relación al lenguaje.

La obra de Lacan nos recrea que entre lo Real precluso -el "Sinthome"- y el síntoma hay un trabajo que implica una distancia simbólica a recorrer y que teóricamente es la misma que hay entre lo precluso y el nudo borromeo que termina sujetando ese real "descarnado".

Lacan, nos presenta el nudo borromeo, como la solución de lo precluso siendo esto al mismo tiempo la condición que lo engendra. La construcción del cuerpo en lo imaginario del infante, como la corpo-replicación de ese imaginario en el "unwhelt" por parte de lo sublimatorio del trabajo social en lo humano presentaría la misma lógica, es decir una tarea de permanente anudamiento de los condicionantes que producen ese engendramiento.

Pero hay más, lo precluso, el "Sinthome" se configuran como una falla en sí misma. Ese exterior a lo simbólico y que paradójicamente lo engendra tiene la naturaleza de una falla que nunca se terminara de sujetar del todo en el recorrido y la solución que trata de producir el significante con sus síntomas concomitantes y el consiguiente anudamiento simbólico no parece que sea todo lo que habita en lo humano.

Esa lógica, que algo precluso desencadena lo simbólico y que al mismo tiempo lo simbólico trata de sujetar habiendo siempre un punto de fuga o de falla que permanece en lo real es de la misma naturaleza que el cortocircuito de la pulsión genital en la construcción imaginaria del cuerpo. Es la perplejidad de Juanito frente a su erección genital, que nos recuerda Lacan como muestra que la construcción imaginaria de hacerse un cuerpo nunca termina de sujetar completamente algo de lo genital y por lo cual ese plano siempre se presentará como una falla e igualmente un imposible de establecer con él relación alguna. Es in-loco y va suelto pues emerge siempre en falla a toda relación imaginaria con el otro y con nuestro propio modelo de cuerpo.

El malestar en la cultura, del que nos habla Freud, es de la misma naturaleza, pues la construcción del "Unwelt" humano, en definitiva el corpus social nunca se anuda eficazmente al uno por uno del semejante pues su base falla en tanto lo pulsional anda suelto y en cortocircuito en relación a la lengua.

Si la construcción imaginaria del cuerpo nunca anudará lo real del plano genital, la corpo-replicación -que de ese proceso individual de humanización se transfiere en la colectivización del "Unwelt" social- poseerá las mismas taras y cortocircuitos que hallamos en uno a uno de los individuos.

Así lo precluso no solo será la exterioridad de lo simbólico sino también lo suelto, lo que nunca se sujeta de todo; un malestar sórdido que permanece en toda construcción de la subjetividad. Y como su lectura solo puede aparecer como falla, el universo de Lo Real que nos trasciende, solo se nos aparece como un resto, una falla de nuestra constitución -y eso en el mejor de los casos.

Una verdadera denegación y una real ignorancia sobre lo que somos y lo que nos habita mas allá de nuestro pobre y reducido universo simbólico. De allí que lo precluso solo se nos revelara como equivalente a la ignorancia.

Pero hay que señalar que la ignorancia no es global sino más bien parcial pues lo real no un homogéneo, sino que más bien es un diverso; un verdadero calidoscopio de ignorancias. Es decir en lo humano la ignorancia se pluraliza y esto tiene profundas consecuencias para nuestro universo gregario.

Lo precluso como lo suelto, marca no inscripta y que lo simbólico trata de anudar en una red sintomática siempre presentará un punto de falla por más trabajo obsesivo que se le prodigue y esa falla siempre nos relanzara al lenguaje como intento de un nuevo anudamiento aún más eficaz; es ahí, en ese corazón que Lacan halla el concepto de "La Langue" como aquello que nos arroja a una lengua y nos relanza una y otra vez como "parlêtre".

Pero si "La langue", es decir lo precluso de lo real del significante, nos impele a hablar, ese parloteo que comienza como una ecolalia donde la comprensión es previa a la expresión ira progresando a la frase anudando no solo la expresión sino al mismo tiempo "La Langue", es decir aquello no inscripto que nos sumerge en la lengua.

Pero ya vemos la diversidad de lo real pues del real genital, pasamos al real de la lengua y así a una diversidad de manifestaciones de lo Real por donde la pluralidad se manifiesta frente a lo Uno de lo simbólico.

Y el hablar nunca reducirá completamente a "La Langue" pues nunca hallara un punto de unicidad de lo real por fuera de la pluralidad.

Lo Real es plural y al mismo tiempo ignoto.

Lo real es tan plural como la diversidad de anudamientos simbólicos que visualizamos en las diferentes estructuras clínicas.

¿Son la diversidad de anudamientos simbólicos los que arrojan restos de diferentes reales o los diferentes reales finalmente dan la traza de disímiles anudamientos?

¿Cómo saberlo? Es ignoto.

Tal es la ignorancia sobre tal punto que imposible se torna la respuesta.

¿Pero hay que cejar sobre tal imposible?

Tal vez no.

Lo real como resto no solo implica al objeto mismo del deseo sino también a algo mucho mas impenetrable, muestra condición animal perdida en la humanización.

¿O acaso no observamos en la clínica de la diversidad de estructuras a un sujeto perdido de su condición animal?

¿Y no vale acaso la pena explorar tal rasgo que muchas es inhallable en el uno por uno del tejido social?

Y no es menos cierto, igualmente, que nuestra condición animal perdida muchas veces se solapa con la propia estructura perversa de la condición humana.

¿Pero el torturador en ese "te amo-te mutilo" no quiere, acaso, no solo encontrar el resto real del objeto a sino igualmente lo animal perdido de la condición humana?

En otro orden, sabemos que una madre con una configuración fálica fallida induce un desorden imaginario en la construcción del hacerse un cuerpo en el cachorro que da lugar a estructuras psicóticas. Pero no siempre esto es constatable y muchas veces el niño se "neurotiza" o deviene perverso a pesar de tales condicionantes maternas.

Otro tanto para las estructuras homosexuales en torno a la clave de la ley entre la madre o el padre, pues no siempre una madre que tiene las claves de una familia, dejando al esposo en el lugar del papanatas enamorado, produce en todos los varones el mariconeo. Muchas veces en uno no y en el siguiente sí.

Por tanto el resto de lo real es ignoto, tanto que como ya enuncié no podemos discriminar si el propio resto es lo real, lo no coaptado por la estructura significativa y que al mismo tiempo la induce o el resto es la propia estructura subjetiva frente a un real biológico que la trasciende por mucho.

Lo único seguro es que todas las estructuras clínicas tienen como función reducir lo precluso que las engendra y que ninguna es mejor que otra. Que sería de las matemáticas o de la física sin un Godël o un Newton que eran psicóticos. O de un homosexual como Oscar Wilde para la literatura.

Hay diferentes estructuras clínicas de envoltura de lo real o disimiles maneras de excrecencias de lo real –pues tal relación no la sabemos- pero advertidos eso sí que todas ellas pueden aportar un valor sublimatorio y conllevar simultáneamente el resto perdido de nuestra condición animal.

¿O acaso no somos animales perdidos en una diversidad de estructuras simbólicas que nos humanizan, tratando simultáneamente de sublimar ese orden natural?

¿Acaso no nos aterramos del cambio climático como retorno de una naturaleza que ingenuamente pretendemos sojuzgar?

Hay estructuras clínicas y todas tienen su valor sublimatorio en la producción de lo humano y todas al mismo tiempo tratan de escamotear nuestra condición animal que no segará de reclamar su espacio en el "Malestar en la Cultura".

Afirmemos entonces que lo importante no es el lenguaje, ni el síntoma final como solución, sino lo que nos hace hablar y construir síntomas, es decir "La langue", aquello que en mayor o menor medida es de difícil reducción y que permanece "forcluida" en la estructura subjetiva.

Pero insisto ¿sería lo único de la condición preclusa, lo relacionado a "La Langue"?

Lo precluso en la estructura subjetiva no es una invariante, todo lo contrario, de allí las diferentes estructuras clínicas, pero además en el interior de cada estructura la relación del sujeto a ese "resto de lo real" es particular. Hay una singularidad de cada sujeto como nudo, como síntoma y solución en el sujetarse.

Reducir eso real que nos hace permanecer en el lenguaje y relanzarnos a él en una repetición que no cesa de no escribirse, tal vez no sea en exclusiva todo el campo de lo real.

No solo la relación a lo real es algo profundamente diverso para cada sujeto sino que lo precluso mismo presenta una diversidad.

Esta diversidad de lo real es un tema inédito e ignoto pero no por ello no observable. Lo precluso, el objeto "petit a", "La langue", y que en sus inicios se agrupo como lo "forcluso" del Nombre del Padre y puede alinearse en diferentes modalidades que son observables desde una praxis clínica es sin duda muy operativa pero al coste de reducir significativamente la categoría de lo real.

Lo precluso no es monolítico, no es simplemente aquello no inscripto en la estructura, sino que hay diferentes modalidades de no inscripción en lo real. Como las marcas éticas que la experiencia de la alucinación de la satisfacción del pecho materno deja en los sujetos más allá de la estructura clínica a la que pertenezcan.

Si bien es verdad, por poner lo particular de un ejemplo, que en las psicosis ordinarias lo psicopático muchas veces se presenta como suplencia, este rasgo no siempre opera de igual forma en todos los sujetos, ni tampoco preexiste en dichas estructuras; hay variedad de casos donde la suplencia en las psicosis ordinarias es la abnegación al semejante.

Lo precluso no es monolítico, no es simplemente aquello no inscripto en la estructura, sino que hay diferentes modalidades de no inscripción en lo real, pues desde la clínica puede constatarse que el registro imaginario de la relación del sujeto a lo precluso, como cortocircuito tanto del plano genital, como simbólico no es unívoco pues el síntoma envuelve lo real como solución con diferentes modalidades de fallas.

Sabemos que la satisfacción del cachorro humano como perplejidad alucinatoria se reduce con la insistencia de la insatisfacción, o lo imposible de dar respuesta a la demanda, y que finalmente conlleva la construcción simbólica del pecho materno como separado del infante. En este sentido la lactancia termina inscribiéndose como insatisfactoria en su real perdido de la "necesidad" alimenticia pero deviniendo en anhelo al instalarse ahí la erogenización oral. Esto conlleva que lo insatisfecho -en los avatares de la lactancia- se instale una erogenización oral que será la plataforma de toda satisfacción genital futura. Pero la oblatividad genital queda en cortocircuito pues su acople en relación al otro de la relación sexual siempre es preclusa. Lo insatisfactorio de lo real de la lactancia retorna en lo genital tornando la propia satisfacción sexual como un modelo alucinatorio de satisfacción orgásmica.

¿Pero todo plano genital es reducible al basamento de la erogenización oral?

Esto merecería de por sí un recorrido explicativo más amplio, pero solo lo señalamos para hacerles observar que en verdad toda satisfacción de un anhelo humano deviene en desdén pues solo la imposibilidad sostiene al deseo y su "real" realización siempre lo desinfla; lo que hace que podamos razonar, es decir deducir, que toda satisfacción de lo humano tiene estructura alucinatoria, marca de ese retorno que Freud nos iluminaba como experiencia primaria y ética en el Proyecto de una psicología para neurólogos.

¿Pero todo puede verbigracia reducirse a esto en la pulsión genital?

Lacan esbozo algo de esto en la lógica de la no-totalidad para explicar las modalidades de la sexuación humana con un discurso macho y uno hembra, o lo que es lo mismo, una sexuación fálica y lo no-todo más allá de un goce fálico. Es decir el abordaje de la pulsión genital en lo macho y lo hembra de disímil manera.

¿Pero ese goce oscuro, que sitúa mas allá de lo fálico y que no sirve para nada, esa indiscriminación de goce que puede conllevar a veces lo genital mismo, no tiene una estructura cuasi alusinatoria?

Creo que la respuesta es afirmativa, ese plus de goce, más allá de lo fálico tiene estructura alucinatoria mostrando una variedad muy rica de formas frente a la pobreza de lo fálico que se debate entre la unicidad fantasmática en lo hétero o el goce parcial de lo perverso.

¿Pero todo lo que falla en el plano genital u otro pasa por lo alucinatorio?

Pasemos a la clínica. Oriol lleva año y medio pululando de clínica privada a hospital público por un cuadro reiterado de vómitos agudos solo reducibles con zofrán por goteo venoso y uno o dos días de internación. El discurso médico busca durante año y medio una posible pancreatitis con marcadores erráticos o algún anticuerpo autoinmune subtipo 4. Derivado finalmente de un servicio de medicina interna le indico 30 gotas de Largactil –primer neuroléptico del siglo pasado- y 25 mgrs del tricíclico Anafranil. Reducido el síntoma isofacto se instaura un Sujeto de Supuesto Saber vía actuación psiquiátrica. Cuestión que será recurrente en la construcción transferencial en los próximos años ante el crecimiento exponencial de lo psicósomático y las psicosis ordinarias en las estructuras subjetivas.

Oriol es un joven de 24 años estudiante de ingeniería informática con una pobreza discursiva enorme. Hace un tiempo se me comento con horror como en un transporte público un niño de año y medio, aproximadamente, sentado en su cochecito emitía un ...iuhhh! ...iuhhh! constante mientras movía en sentido prono su cabeza en busca de la atención de sus jóvenes padres que a su lado se hallaban enfrascados en sus respectivos móviles. Esa es la constitución de este joven de 24 años carente de fantasmática onanista sexual relevante. Por otro lado sus encuentros sexuales se reducen a una genitalidad

descarnada. No puede ligar, siempre es conquistado por las chicas y la continuidad de la relación de pareja se le hace difícil pues aparte de pesarle mantener conversaciones lentamente se va crispando al mantenerse los encuentros y profundizarse la intimidad. Todo se reduce a relaciones circunstanciales y cuando progresan no superan el mes de duración.

Su onanismo, que no es poco, se refugia en la pornografía visualizada en unas gafas estereoscópicas y con anterioridad al desarrollo de esa tecnología a la pantalla de su móvil.

Hay que señalar que el goce concomitante de los tres tiempos de la construcción fantasmática onanista y que da consistencia a las inscripciones significantes no son fácilmente localizables en este caso. Particularicemos que el significante es capturado en la relación que el niño tiene al gran Otro de la lengua pero que esa captura se construye en el basamento de unas coordenadas fantasmáticas que aunque reprimidas dejan en la consciencia las huellas de una erótica.

La constitución del síntoma y la inscripción significativa marchan de la mano – como en un paralelaje- que ordena un imaginario erótico alrededor de lo precluso de la pulsión genital.

En lugar de esa erótica, el sostén estereoscópico al no ser posible frente al otro de la realidad en el vis a vis amoroso, se produce la crispación.

El vómito irrumpe ahí libre de todo sentido en la insostenibilidad de un plano erótico con el partenaire. El vómito es un significante puro, como desarticulado de toda cadena significativa y que no arroja para el sujeto significación alguna.

Es un significante descarnado e imposible de imaginarizar eróticamente. Oriol presenta una psicósomática como respuesta a un déficit simbólico que revista el real genital que da lugar a una construcción imaginaria de una sensualidad. En este caso lo precluso es lo genital mismo como animalidad presente por fuera de todo sentido –no hay lugar a engaño alguno.

Pero a veces la animalidad perdida aparece en la línea del significante mismo, en una cuasi onomatopeya donde lo psicósomática es mucho menos recalitrante.

Para ello me adentraré en un artículo de nuestro colega colombiano Ricardo Rojas. Me refiero a un texto donde discurre sobre el Pase de nuestra colega gallega, la Sra. Camila Vidal. Ahí se nos señala de manera muy pertinente que lo que está en juego del lado del psicoanalista es la posibilidad de detener a su analizante en un significante. Nos aclara, que un analista puede precipitar el final de análisis en su paciente si logra detenerlo en la metonimia de la frase y el sentido; una especie de disolución de la serie significativa para fijarlo en un punto de la palabra.

En este caso Rojas fija efectivamente este punto de detención en el supuesto significante "Chrasss". Palabra que se revela oníricamente en un sueño donde el sujeto aplasta unas cucarachas. Pero es pertinente aportar una observación, "Chrasss" que finalmente se revela como un ruido –cuestión pertinentemente señalada por la analista- y que está más allá de toda significación ¿cual es su contexto?

¿Es un contexto simbólico o simplemente es un real?

El significante primordial en ese análisis no es "Chrasss", es "cucaracha" que se entronca a toda una línea fantasmática de la sujeto en la que muchas veces navego en asociaciones de un a-sentido.

"Chrasss" es realmente la marca de un ruido, anterior a toda fantasmática, es decir un real que permite estar al otro lado del fantasma.

¿Y porque hago tal distinción?

Porque en este caso la Sra. Vidal puede conectar en ese "Chrass" con algo anterior no solo al fantasma, sino al propio significante que articula goces sentidos.

Ese "Chrass" es un ruido de la "Niebla", en donde reina la indiscriminación, esa animalidad perdida, o si lo prefieren el real primigenio que por momentos le invade sin servirle de nada y en donde reconoce ahí una primera marca que es simplemente un ruido.

¿Pero ese ruido, ese "Chrasss" es realmente un ruido o un latido endógeno?

En este caso hay fantasmática y es sin duda abundante, en las antípodas del caso Oriol, pero no todo ha sido abarcado por esa fantasmática.

Marca temprana del plano genital, el famoso "Chrass" clitoridiano señalado de manera magistral por Sigmund Freud en "Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica", antes de toda fantasmática, antes de toda palabra y en la más absoluta animalidad perdida.

Esta anticipación temprana del plano genital no solo deja la marca de un tiempo donde la dificultad temporo-espacial es evidente sino que fija a la sujeto en una psicósomática por la pérdida en lo real mismo de la pulsión genital para nada recuperable por fuera de ese plano.

La analista detiene a la analizante en un significante vacío de todo lazo proposicional de esas intrépidas "cucarachas", pero la analizante reconoce que este no conduce a nada estrictamente simbólico sino a una primitiva marca del propio cuerpo, aun antes de una consistencia genital. Ese es el punto psicósomático del Pase –forma por cierto poco romántica de expresarlo.

La analizante no reconoce un ruido sino el latido de su "Niebla".

Jacques Lacan lo expresa en las conferencias de Ginebra y de Yale, abundando la cuestión en ese ser pegado, no ya en la fantasía de "Pegan a un niño" sino en la realidad vital de James Joyce. Sostiene que hay algo precluso imposible de reducir en toda estructura.

Y agrego, esa animalidad perdida de lo real es de una diversidad enorme, es decir, un particular como las huellas digitales y que siempre tocará al cuerpo que no puede reducirse exclusivamente a "La Langué".

Mónica, es policía nacional y llega a mi consulta con treinta y ocho años. Siendo muy joven tiene una pareja masculina estable con la que descubre el sexo pero al cabo de tres años lo engaña con una chica que le llevará a la ruptura. El varón no soporta su engaño y menos aún el lesbianismo; aparte su relación era extremadamente "eléctrica". Lleva veintidós años de relaciones lésbicas tormentosas que se suceden una detrás de la otra. También se ve aquejada de una gran inseguridad para todo y que solo logra apaciguar cuando está uniformada y con el arma reglamentaria. De paisana tiene frecuentes episodios de un alcoholismo severo que le termina ocasionando más de un problema.

Al año y medio de entrevistas preliminares produce una relación heterosexual y a los pocos meses, con treinta y nueve años, se embaraza manteniendo con el

padre de su futuro hijo –como es su costumbre- una relación extremadamente conflictiva. Se sorprende, cuando meses después del parto se le señala que su hijo posee el mismo nombre que su analista y a los dos meses del nacimiento del niño los padres ya dirimen en tribunales un régimen de visitas.

Mónica recurre a su madre pues su retoño le pesa, no pudiendo sostener la lactancia ni diez días. Por las noches toma somníferos pues no soporta escuchar el llanto del niño. Su madre se instala en la casa de su hija y a todos los efectos pasará hacerse cargo de su nieto como una verdadera madre sustituta. La relación a su hijo es completamente deficiente, da verdadero repeluz verla con él en la consulta, observándose una relación completamente desajustada. Mónica muestra una relación a la intimidad con el otro absolutamente descoordinada. Sus refugios son el alcoholismo en los eventos sociales bebiendo hasta la pérdida de consciencia de sus actos para tolerar el lazo social o el onanismo clitoridiano en la soledad o con la pareja de turno. Por fuera de esto todo es caótico salvo cuando se pone el uniforme policial e interpela al otro desde esa posición reglada. No tiene significativo alguno que le arme un síntoma que de solución a su anárquico imaginario. El otro es un otro mimético, del que no tiene la menor idea y en donde no puede dialectizar absolutamente nada al semejante.

Pero debemos resaltar el valor de ese goce clitoridiano casi autoerótico donde encuentra un “real” sosiego, y diría que aun mayor que de uniformada. Toda su estructura se halla detenida en lo genital, no ha podido producir ahí una separación de goce y la genitalidad onanista lésbica le permite permanecer en un refugio por fuera de lo simbólico.

Aquí lo precluso no causa perplejidad, sino tranquiliza, pues es como si un real genital se confrontase a otro real “forcluido” del significante; el primero ordena lo que el segundo desajusta. Por tanto vemos que hay una gran variabilidad y que siempre tocará al cuerpo donde se constata una animalidad funcionando en pérdida.

Belén es psicoanalista y psicóloga clínica. Lleva quince años de análisis y es muy colaboradora y participativa en el grupo psicoanalítico. En su ciudad es una analista reconocida, prestigiosa, muy productiva en la escritura de trabajos

tanto teóricos como clínicos y con una masa de pacientes y analizantes muy importante.

Podemos decir que después de estos años de trabajo analítico y supervisiones de casos hay un recorrido de "desamblaje" fantasmático en relación a renunciar a seguir sosteniendo al padre. Esto conlleva en la transferencia al hecho amable de un horizonte futuro de una cordial separación y finalización de la cura. Es en ese tiempo lógico que se le diagnostica un cáncer ovárico que le dará cuatro años y medio de sobrevida.

A partir de ese momento todo gira iso-facto presentándose una transferencia negativa en la que navegaremos cuatro años más de análisis.

Hay que decir, igualmente, que la transferencia negativa viene como anillo al dedo pues permite hablar de todo menos de la muerte. No hablar de la muerte no está mal, pues realmente no sirve para nada; pero en este caso –este no hablar del morir- más que una evitación es una verdadera imposibilidad.

Con el diagnóstico de cáncer aparece algo que había sido escamoteado en el análisis y que era una dialctización de la falta como tal. Todo el análisis fue un verdadero guiño, un recurso a las recurrencias de sentidos diversos, que escamoteaba lo fundamental, lo insoportable del vacío y la falta. El éxito profesional, el propio saber psicoanalítico estaba al servicio de evitar ese encuentro pues en verdad ni la soltería, ni la falta de pareja estable con su antiguo amante, ni la no-maternidad eran tan bien llevadas como decía.

Era realmente absolutamente incapaz de deprimirse, la tristeza por lo perdido era un imposible para Belén.

En este caso se ve que el clivaje imaginariamente engañoso, pero eficaz, para soportar la existencia entre mente y cuerpo no estaba constituido. Esa escisión era un verdadero precluso que da cuenta de su no-existencia cuando algo del cuerpo es tocado y no puede remitirla a una posición depresiva. En el lugar de la depresión irrumpe un odio ciego.

Belén es incapaz de operar en la falta, cuando vienen mal dadas y es lo que oculta por quince años. Pero ese ocultamiento lo negocia cuando lo íntimo de su soledad de pareja o su imposibilidad de ser madre se refiere, lo negocia hasta que lo real toca al cuerpo, allí todo se desmorona mostrando una

verdadera "forclusión" al nombre del padre disimulada en un sostener al padre de la realidad. Que por cierto era médico y su elección por la psicología la dejaba en su imaginario un tanto por debajo.

Otro caso, no menos ilustrativo es el de Dominiq. Es prostituta de lujo y con treinta y seis años es socia de cuatro prostíbulos repartidos en las ciudades más importantes de España. Se puede hablar con ella de todo pues presenta una picardía e inteligencia notables, se puede comentar de todo menos de eso. La prostitución esta en el acto pero en un fuera de discurso, arrinconada a la evidencia de ser lo que es y ejercer lo que ejerce, se descompensa profundamente. La irritación y el odio desmedido dejan paso al brote delirante; por lo que ejerce su profesión de mediatrix entre brote y brote paranoico. Es más, dichos estados de descompensación la excluyen de prostituirse, cuestión que al estabilizarse por el neuroléptico –que en su caso funciona de manera muy eficaz- le permite el retorno a su "carrera".

Hay un continuo genital en este caso que se halla por fuera de toda palabra, no se trata de un doble discurso, sino de una verdadera indiscriminación donde el goce genital en lo sexual no puede hacer de límite y que se expresa tempranamente con la posición incestuosa con su hermano mayor en la que pernocta en la actualidad y con el que comparte la sociedad de sus locales de alterne. La aparente estructura perversa de esta fémina esconde un real precluso del plano genital que funciona sin límite, es in-loco, es decir está suelto. El doble discurso no siempre es una mentira que refleja un posicionamiento perverso, sino que en algunos casos -como este- es una verdadera imposibilidad discursiva, por lo tanto de límite, entre lo genital y la fantasmática erótica que sin duda es muy prolífica. Aquí retorna el reverso del caso de Oriol pero sin una psicósomática evidente, si obviamos los períodos de bulimia y anorexia que también padece intermitentemente y que no podríamos catalogar en tal nosología. Se ve con claridad, que en Dominiq, no hay articulación alguna entre el acto que implica al cuerpo y la fantasía sensual, producto sin duda de su particular estructura paranoica donde su propio hacer deviene en persecutorio. Su ser pivota entre la erotomanía prostituida al delirio persecutorio paranoico desencadenado por lo primero.

Para ir concluyendo tenemos que ver el registro de Lo Real como una verdadera preclusión que va mucho más allá del significante. Si bien este tiene un lugar privilegiado en la percepción de nuestra subjetividad nada debería indicarnos que todo puede reducirse a esa prevalencia que es más imaginaria que certera.

Es de manera natural que el cachorro humano topa con unos significantes ajenos, pero pensar lo precluso de las palabras como un real homogéneo y único es otorgarle una dimensión equívoca; para ello hemos ido a la clínica para mostrar que el cuerpo mismo es otro precluso donde lo genital no es muy asimilable en el proceso de construcción de hacerse un cuerpo y que posee una gran resistencia a ser reabsorbido como marca inconsciente por efecto del lenguaje. Pero estas evidencias clínicas no sólo se reducen a lo genital, en lo escópico también encontramos marcas que permanecen en lo real reacias a toda inscripción simbólica, el éxtasis pánico o la perplejidad en los cambios de la imagen corporal con el paso de los años dan cuenta de ello de manera muy sencilla y evidente. Pero también están ahí las sensaciones sinestésicas de las raíces raquídeas en el deterioro óseo articular y la lista podría ser infinita. Es a esto a lo que llamamos las marcas de una animalidad perdida en lo simbólico.

“La Langue” es algo que permaneciendo precluso nos hace “parlêtre” pero ello no es todo lo Real, también en una diversidad difícil de observar, dar cuenta y sistematizar hay reales biológicos de nuestra condición de homínidos no coaptados por la lengua y que simultáneamente ésta lo remite a un resto en lo Real.

Terminaré con unas preguntas:

¿Cómo pensar el dedo de un niño rascando el reboque de una pared para llevarlo a su boca cuando padece una baja calcificación?

¿En el registro genital recorrido en la clínica de los casos expuestos, todos los lugares preclusos expuestos, son una dimensión completamente atravesada por las aberrancias del significante o algunas son escrecencias, restos no captados por el proceso de humanización?

¿Es todo, en nuestra humanización, reducible a lo real de la pulsión?